

# Nunca hemos sido modernos

Latour, Bruno

Debate  
Madrid, 1993.

A los lectores de *Ciencia en Acción* (1992), este libro de Bruno Latour les resultará menos sorprendente que deslumbrante y enriquecedor. A quienes aún no lo conozcan, no dejará de asombrarles su capacidad para combinar antropología, historia, política, sociología y otras ciencias en un conjunto coherente y convincente. Una pequeña presentación biográfica puede ayudarles a empezar a conocerle.

En su primer trabajo de campo, en África, Latour observó cómo los *primitivos* mezclan de continuo categorías que los Occidentales, los Modernos, tenemos por inmiscibles —lenguaje, naturaleza, religión, sociedad—. Posteriormente, en un trabajo etnográfico sobre un laboratorio de biología (*La vida en el laboratorio*, 1995) S. Woolgar y él descubrieron que los científicos mostraban la misma desinhibición a la hora de combinar todo tipo de recursos para sostener convenientemente no sus creencias, o las prácticas que usaban para construir las, demostrarlas, reproducirlas y enseñarlas, sino lo que puede llamarse creencias/prácticas, empíricamente indisociables. Al fin, Latour se asentó en el Centro de Sociología de la Innovación de la Escuela de Minas de París. La Escuela, de donde salen los altos funcionarios del estado y los mejores ingenieros del país, enseña a sus alumnos a asociar indiscriminadamente fuerza de trabajo, matemáticas, materiales, legislación, y fe en que el mundo es como su mejor juicio les indica. ¿Resta alguna diferencia entre un chamán, un director general y un investigador científico tras tales observaciones? Si esa diferencia existe, es la clave de la Modernidad. De ello trata *Nunca hemos sido modernos*.

Ante todo, la Modernidad es una noción temporal; significa novedad, revolución, aceleración, ruptura del regular transcurso del tiempo a causa de una ordalía en la que hay vencedores (el presente) y vencidos (el pasado). Ningún modo mejor de hacer feliz a un moderno

que regalarle una fecha para una revolución que disece irreversiblemente lo periclitado de lo vigente. Como el público de Latour lo es, éste concede: 1989 —el bicentenario de la Revolución Francesa, la caída del Muro de Berlín, las primeras reuniones preparatorias de la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro— puede datar la crisis oficial de la Modernidad.

Ah, pero, ¿está enferma? ¡Si nunca habían prosperado tanto la democracia, la innovación técnica, las libertades, las ciencias, la productividad, la urbanización, las comunicaciones, la acumulación de capital y las ocasiones de ocio y placer! Sin embargo, hay signos ominosos: la brecha entre ricos y pobres crece, la presión demográfica del Sur comienza a rebosar sobre el Norte, los ecosistemas están cesando de dar gratis los bienes comunes sobre los que descansa la economía, el lenguaje binario y la simulación matemática sustituyen a la lengua ordinaria como vehículo de comunicación e indagación, el Dios que había muerto resucita y la policía debe perseguir profetas que predicen la guerra santa. El socialismo real, que había prometido conciliar los intereses individuales y colectivos, se derrumba tras agotarse en una lucha global de clases que acabó reducida a la supresión de todo interés contrario a la Nomenclatura. Del otro lado, «queriendo reorientar la explotación del hombre por el hombre hacia la explotación de la naturaleza por el hombre, el capitalismo ha multiplicado de forma inconmensurable las dos; las multitudes a las que suponía salvar de la muerte recaen en la miseria por centenares de millones; la naturaleza, sobre la que se suponía haber logrado dominio absoluto, nos domina de forma igualmente global y nos amenaza a todos... Al ver las mejores de las intenciones irse a la deriva por partida doble parece que los modernos... hubiéramos perdido parcialmente la confianza en nosotros mismos.» (p. 22-23)

Latour busca la causa del mal en los prejuicios del pasado, en la *tradición moderna*. Para Latour, ser «moderno» significa involucrarse **simultáneamente** en dos conjuntos de prácticas que, paradójicamente, deben ser consideradas **simultáneamente** idénticas e inconmensurables. El primer conjunto, denominado «traducción», «movilización», «mediación» o «ingeniería heterogénea», opera como si sus conductas ejemplares siguiesen esta regla: «si quieres prosperar construye automatismos, *híbridos*, redes compuestas por asociaciones de elementos diversos, con independencia de cómo concibas su naturaleza; lo importante es que se sostengan por sí mismas, esto es, que constituyan puntos de paso obligado por los que otras redes deban transitar para pervivir, y de cuyo tránsito puedas obtener un rédito que te permita sostener tus propias redes». Prácticamente toda conducta apta para ir unida al calificativo «positiva», tanto en sentido valorativo como epistémico, pertenece a este primer conjunto de prácticas.

Al segundo conjunto Latour lo llama «purificación», aunque su etiqueta usual es «crítica moderna», y abraza las conductas que segregan las condiciones de posibilidad de las redes en cuatro ámbitos ontológicos distintos: una Naturaleza trascendente cuya identidad, empero, se construye de modo inmanente en el laboratorio; una Sociedad inmanente, producto de acciones individuales libres, pero cuyas leyes son trascendentes y, dentro de su marco histórico, inmutables; un Dios totalmente ausente, pero al que puede apelarse como último recurso cuando surgen problemas en las otras dos áreas; y un Lenguaje que lo impregna todo pero que, de otro lado, es sólo un vehículo neutral de los significados constituidos por los usos y prácticas a las que representa imparcialmente.

Las dos prácticas deben reconocerse como idénticas: la crítica es conocimiento positivo, el buen conocimiento es crítico porque elimina el prejuicio anterior. Pero ambos deben separarse. Todo debe analizarse como un evento circunscrito a un sólo ámbito: un suceso social, un caso natural, una creación literaria o un milagro. Si bien todo cuanto existe exhibe una gestión «política» (un ejercicio de poder) sobre porciones materiales e informativas de la creación, *un buen análisis* mostrará que todo cuanto existe pertenece a un ámbito separado que le es propio: la Naturaleza, la Sociedad, el Lenguaje o lo Numinoso. Heterogeneidad no significa fusión.

Desde su origen en el Humanismo escéptico, el Modernismo ha evolucionado hasta la versión positivista de la Ilustración. Los modernos viven en un mundo donde los sujetos manipulan una naturaleza muerta mediante ejercicios de poder científicos y técnicos y donde, siguiendo su albedrío, construyen sociedades mediante ejercicios lingüísticos y políticos, bajo la mirada inescrutable de un Dios lejano, ausente o inexistente. Donde han triunfado, el estatus social, la habilidad retórica y la fe religiosa nada tienen que ver con la Verdad; Dios es independiente del mundo y en particular de la clase y el conocimiento de los sujetos; el Lenguaje es impermeable al poder político, las creencias religiosas y el ser de las cosas; y las Conductas Sociales están relacionadas con, pero no determinadas por las feligresías, disciplinas cognitivas y lenguas de los agentes. En cambio, los premodernos (los «primitivos») estaban/están obsesionados con la coherencia entre lo humano, lo inhumano y lo sobrehumano, creen que el lenguaje es divino y que dios, el Verbo, habla; ven dioses por todas partes y consideran sus comunidades como parte de la naturaleza. Los posmodernos, por su parte, ven a los modernos construyendo mundos y sólo se fijan en sus gestos; sus logros les parecen fantasías. Como los anti-modernos, que sólo dicen «no» sin saber de qué hablan, no entienden nada.

Para Latour, los no-modernos están tan obsesionados por practicar una gestión rigurosamente respetuo-

sa de los *híbridos* (esos entes sagrados cuya esencia —extensión— es su nombre y que, siendo naturales, humanos o no, se conducen como agentes sociales a todo efecto) que su continua movilización e innovación es lenta comparada con el desinhibido eclecticismo y el decidido pragmatismo de los modernos. Por eso viven un presente eterno, precedido por un tiempo mítico donde la memoria común deviene lábil y maravillosa y seguido de un futuro que será esencialmente idéntico al presente. En cambio, los modernos están siempre precipitándose al futuro desde un pasado extinto a través de un presente infinitesimal. Los modernos fabrican de continuo el futuro recombinando cuantos fragmentos de pasado pueden movilizar y creen que progresan; los no-modernos viven la adopción de una novedad y la concurrente —a veces— extinción de una práctica antigua de manera ambivalente: las ventajas y las desventajas de un cambio pueden ser inconmensurables. Los no-modernos suspiran y dicen: «no se puede tener todo»; los modernos responden: «acaso sí; probemos; lo que debamos sacrificar lo olvidaremos pues seguramente no merecía la pena».

Así pues, modernos y no-modernos actúan igual; sólo creen y hablan cosas diferentes; pero esa disparidad es clave. El chamán explica que la índole afilada del nombre del cuchillo sacrificial es la esencia de su fino corte; filo y nombre deben producirse con un afilado especial durante el que se canta la historia del nombre, para que la gente vea tranquila y satisfecha que el rito fluye y que no les ocurrirá como al héroe Tal, que incurrió en la ira del dios Cual por no afilar bien su cuchillo. Al ver y oír esto el moderno saca la navaja de Ockham y empieza a cortar siguiendo la duda metódica. Cuando algo perdura dice: «natural», pues rechaza toda objeción social, trascendental o verbal a su capacidad de manipular materialidades (sean humanas, simbólicas o divinas); cuando quiere cambiar algo dice: «sólo es social», pues niega que haya límites naturales, discursivos o religiosos a su voluntad de reformar costumbres; cuando rechaza creer algo dice: «es pura retórica, sólo un juego lingüístico», aunque no se avergüenza de emplear todo tipo de representaciones verbales y gráficas para persuadir y repite incansable: «esto demuestra que aquéllo es Verdad»; cuando se le pregunta por la razón última de las cosas guarda un *sagrado* y significativo silencio, aunque está listo para defender en público que Dios es un asunto privado. Ambos se conducen igual; pero el moderno «purifica», el «Otro», no.

Los no-modernos viven en un mundo de híbridos y creen, con acierto, que los medios son fines en sí mismos. Los modernos creen que los fines son todo y que los medios no son nada. Por eso, porque creen que no tienen valor, que son gratis, hay una demanda infinita de ellos y siempre se los está movilizando para algo. Hay quien vive la crisis de la Modernidad como un fin

de los fines cuando se trata de que nos desborda el éxito en la proliferación de medios.

El diagnóstico de Latour es moderno: positivo y crítico. La patología moderna surge de su mismo éxito. La «Constitución Moderna» ideó un tabú para acabar con todos los tabúes: «no contemples nunca directamente la naturaleza heterogénea de lo real; si deseas dominar el mundo recuerda que no hay en él nada sagrado y que lo sagrado no es de este mundo, que el lenguaje representa fielmente la realidad, pero que ésta es elusiva a los sentidos y que debes evitar que éstos extravíen tu razón teórica, que te indica (recuerda el *cogito*) que hay una diferencia sustantiva entre la Naturaleza necesaria y la Sociedad de los humanos libres». La versión positiva de este tabú dice: «Divide y vencerás: divide lo real en Naturaleza, Sociedad, Divinidad y Lenguaje y cada vez que defines un problema como perteneciente a uno de esos ámbitos podrás aliar en una red a los otros tres para movilizarlos en su contra; si maniobras inteligentemente y sabes sacar partido del terreno y la sorpresa, el número te garantizará la victoria». Como dice Latour: «una bella construcción que permite hacerlo todo sin estar limitado por nada. No es extraño, pues, que esta Constitución haya permitido, como se decía antes, «liberar las fuerzas productivas»...» (p. 56)

La naturaleza paradójica de este ensayo aparece clara en su solución: nunca fuimos modernos pues nunca hicimos sino construir redes, *híbridos*, como los no-modernos. No hay alternativa porque tal es la naturaleza humana: «Mientras el humanismo se construya por contraste con el objeto, cedido a la epistemología, no comprenderemos ni lo humano ni lo no-humano... Es imposible definir [lo humano] por su esencia y... su historia y su antropología son demasiado diversas... Ahora bien, si lo humano no posee forma estable, tampoco es informe por ello... se transforma en el mediador e incluso en la intersección de ambos [polos: lo social y lo natural]... Son sus alianzas y sus intercambios los que definen al *anthropos*... Es multiplicando las cosas que se ha definido a sí mismo... Lo humano está en la delegación, en el suceder, en el envío, en el intercambio continuo de las formas... La naturaleza humana es el conjunto de sus delegados y de sus representantes, de sus figuras y de sus mensajeros.» (p. 200-203). Si en algún momento fuimos modernos fue sólo cuando y en la medida en que creímos serlo, Humanos alienados del Mundo Natural, de Dios, del Ser, atrapados en el Lenguaje, víctimas y dueños de la Sociedad.

¿Son así las cosas? La crítica que Latour hace a la epistemología Moderna debe afrontar el argumento positivista por excelencia, que legitima el pragmatismo y el constructivismo de los científicos: la inferencia del éxito a la Verdad. Por eso Latour cuestiona de principio el éxito final moderno. Si es imponible generalizar y sostener el desarrollo económico, si la

corrupción y el elitismo son males endémicos de la democracia representativa, si todo discurso es reflexivo y dice tanto del hablante como del referente y de sí mismo, si la muerte de Dios no cierra el problema de quienes viven su existencia o la Existencia misma como un problema, ¿qué fe podemos tener en la demarcación moderna, en el tabú que niega la naturaleza heterogénea de las redes? ¿Cómo sostener una *weltanschauung* basada en una promesa de immaculado dominio si todo hace pensar que la promesa no puede cumplirse? La terapéutica de Latour es, de nuevo, típicamente moderna: hay que abolir el tabú.

Hasta ahora, la Naturaleza hablaba por boca de los científicos naturales; la Sociedad era representada por científicos sociales y políticos; el Lenguaje estaba en manos de artistas, humanistas, semiólogos, comunicadores, etc. Y Dios callaba. Ahora necesitamos una nueva Cámara que represente a los híbridos. Pero, ¿quién hablara por ellos? Como siempre, algunos seres humanos hablarán a sus semejantes de parte de los híbridos. Esos humanos serán distintos de los modernos, pues se tendrán por híbridos ellos mismos. ¿Cambiará algo? Quizá.

Latour pretende conservar de los modernos su capacidad para experimentar y organizar a gran escala con materialidades diversas, incluidas la información y los lenguajes, pero siendo conscientes ya para siempre de que mezclamos cosas diversas y temporalidades diferentes en el trayecto. Además, desea conservar la meta moderna: la «purificación» (tentativa y provisional) de una naturaleza que no hemos creado, aunque la entendamos y tratemos a nuestro modo, y de una sociedad transformable por agentes libres, aunque casi nunca sea fácil. Quizá aquí, y sólo aquí, Latour siente nostalgia del sueño moderno.

Al abolir el tabú moderno, la demarcación entre naturaleza y sociedad se diluye, y con ella la diferencia entre humanos y no-humanos. La realidad deviene circular: la Sociedad es un emergente de la Naturaleza, el Lenguaje es un emergente de la Sociedad, Dios es un emergente del Lenguaje, la Naturaleza existe, y no la Nada, en ciertos juegos de lenguaje, como un emergente de Dios (mediante el *tropo* de la creación, la emanación, la coextensión, la eternidad conjunta, etc.), respuesta/incógnita que cierra la pregunta/misterio por la existencia y ata el nudo gordiano del círculo de lo real. Las palabras «necesario», «contingente», «aleatorio» y «libre» tienen el mismo sentido, referidas a todos los híbridos, incluidos los humanos. Qué sea contingente y qué necesario es una cuestión empírica a resolver mediante una ordalía, un juicio de fuerzas. Eso es todo.

La cuestión final es si cabe seguir comportándonos como modernos y tener más éxito que ellos en el esfuerzo histórico de concertar intereses individuales y colectivos para que cesen los sufrimientos que no podemos dejar de creer innecesarios y alcanzar el

viejo sueño: una comunidad, humana y no-humana, que cambie concertadamente para aumentar su felicidad. Esta es una fantasía premoderna, pero sólo la Modernidad nos hizo creer que el mundo era joven y que podríamos lograrlo un día. Si hay algo digno de conservar de ella son las prácticas que nos permitían

creerlo, pues si siempre los humanos albergamos sueños, la Modernidad nos hizo un regalo irrenunciable: la fe y la esperanza en que es posible realizarlos.

**Juan M. Iranzo**